

Reproducción

Número 124. — Tomo VII.

15 de Mayo de 1925.

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc. etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 124 * 15 de Mayo de 1925 * Tomo VII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Todo hombre que te busca, va a pedirte algo.

El rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral.

Todo hombre que te busca, de seguro va a pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar: «qué fastidio»!

¡Infeliz! ¡La LEY escondida que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: ¡DAR! ¡Tú puedes DAR!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento!

¡En cuantas horas tiene el día, te pareces a EL, que no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo!

Debieras caer de rodillas ante el Padre y decirle: «¡Gracias porque puedo dar, Padre

mio!; ¡nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!

*
* *

«En verdad os digo, que vale más dar que recibir».

AMADO NERVO

Tratándose de irracionales, el número está antes que la calidad, valen más los muchos pocos. En la humanidad, al contrario, valen más los pocos muchos.

El triunfo de la vida

por Antonio Caso

I

Hé aquí una estadística interesante, desde muchos puntos de vista. Son doscientas setenta mil las especies animales descubiertas. Doscientas nueve mil abarca la enorme división de los artrópodos. En esta rama del árbol de la vida, los insectos asumen la formidable representación de *ciento ochenta*

mil especies diferentes. Es decir, que dos terceras partes del número total de especies vivientes, son de insectos.

La otra consideración elemental es que, en la clase numerosísima de que tratamos, los principales aspectos de la organización animal definen la unidad de un plan de composición, estricto, estable, perfecto.

II

Resumiendo los dos datos fundamentales en una sola consideración, parece como que la vida al realizar el tipo del insecto, tuvo un gran éxito, y, como aquellos artefactos de la industria humana que realizan con perfección su fin, adquieren boga inusitada y se repiten y copian donde quiera, los insectos multiplicáronse en inaudita proporción, merced a la eficacia privilegiada de su organismo. No había entonces para qué variar, grandemente, una estructura anatómica capaz de proporcionar siempre la victoria. La vida universal se hipnotizó con el tema musical de su criatura predilecta, y ha seguido variando los motivos acceso-

rios, y respetando el tema fundamental. Como en esas grandes construcciones sinfónicas de Beethoven o Mozart, que hacen germinar, de un motivo musical, dúctil y bello, *allegros* brillantísimos en los que la música misma parece recrearse, como si no quisiera abandonarlos jamás.

III

Todo animal es un aparato siempre complejo de inserción de la corriente vital en el mundo. El insecto ha resultado ser un aparato victorioso, que se propaga en cantidades fabulosas, formando las legiones aguerridas y numerosísimas de bestezuelas sin gran individualidad, monótonamente concebidas, pero aptas en grado admirable para mantener sobre sus leves cuerpos «sutiles, alados y brillantes», que diría Platón, la formidable carga de la vida, constantemente combatida por las fuerzas adversas del mundo:

«Que en amor creen los más duchos,
contra los que son más locos,
que en vez de los pocos muchos,
valen más los muchos pocos».

(*Campoamor*)

IV

Pero hay algo en el insecto que le ha valido más que su organización anatómica privilegiada para la consecución de su éxito en la lucha por la existencia, y es su instinto excepcional. Llama Bergson a los insectos, animales *eléctricamente* cargados de instintos. Todo en ellos efectúase por esa forma de adaptación psíquica, tan diversa de la inteligencia, y tan eficaz como ella para la resolución de los problemas que ofrece el vivir.

V

La otra criatura predilecta de la vida universal, es el hombre. Nosotros no vamos por el rumbo que siguen los insectos, diminutos y sutiles. No nos mueve no más el instinto, aun cuando también sea él quien nos mueve. Nos conduce la inteligencia, nos guía la razón. La inteligencia es otro modo de resolver los problemas de la lucha. Nuestras sociedades son progresivas sin término. Las de los insectos, estables, improgresivas, como las ediciones

clásicas de los libros; sin variación. Las «pacíficas abejas» (en suma no tan pacíficas como lo pensó el gran escritor castellano), construían ya sus moradas, hace muchísimos siglos, como las construyen hoy y como las construyeron cuando el tábano mitológico picó en los labios inspirados a la abeja de Atenas, al divino Platón que, en su República ideal, soñaba, junto a los colmenares protegidos por Minerva y su robusta lanza de bronce, una colmena más perfecta, más pura, más hermosa; una CIUDAD DEL SOL.

VI

El progreso social se funda en la industria. Esto es lo progresivo constante: la fábrica. Los obreros del mundo se han unido en una República Universal, la organización internacional socialista. No deben ser nunca ingratos a la fuerza que los ha unido, a la sola fuerza que los mantiene y los mantendrá unidos: la inteligencia. Ella ha hecho de la horda primitiva, la sociedad contemporánea; y elaborará de

nuevo la sociedad actual en una síntesis que no podemos siquiera concebir. Los verdaderos creadores de la humanidad, son esos *pocos muchos*: Arquímedes, Hiparco, Copérnico, Newton, Lavoisier, Volta, Pasteur, Einstein. O ellos, o las nubes de insectos que tapan el sol.

(De *Revista de Revistas*, México)

En Costa Rica gobiernan los muchos pocos

Conclusión del MENSAJE DE D. RICARDO
JIMÉNEZ, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,
AL CONGRESO CONSTITUCIONAL:

«Por sus proporciones, nuestra obra es obra de hormigas. En *realidad*, somos hormigas; y, *por más que yo lo deseara*, no podemos ofrecer al País sino la *buena voluntad* en el trabajo y la *perseverancia* de las hormigas».

No se trata de figuras de lenguaje. El Sr. Presidente afirma que él y sus colaboradores son *en realidad* hormigas,

y ofrecen al País la buena voluntad de las hormigas y la perseverancia de las hormigas. Así, pues, aviados estamos, porque ningún naturalista ha observado jamás *buena voluntad* en las hormigas; ni siquiera *perseverancia*, a menos de trastocar el sentido de las palabras y llamar perseverancia a algo que en zoología está muy por debajo de la testarudez del asno. Para redondear, póngasele por fecha al Mensaje: *calendas griegas*, en vez de 1.º de mayo.

Lo de «*por más que yo lo deseara*», quédese, como el resto del Mensaje, para solaz de sus lectores. ¿A qué se refiere ese *lo*? ¿Qué podía desear el Sr. Presidente?

E. J. R.

El feminismo y las mujeres

Acaso en ningún otro país del mundo han desempeñado las mujeres un papel más importante en la política, ni ejercido una mayor influencia en la historia, que en Francia. Sin embargo, Francia. donde tantos y tan

formidables acontecimientos políticos han tenido lugar bajo la influencia de la mujer, no ha acordado a ésta derechos políticos. Las mujeres no pueden votar ni aun en las elecciones municipales. No pueden ocupar una banca en los Consejos Deliberantes de los municipios, ni pueden formar parte de Jurados. Hasta hace apenas unos años no podían actuar como testigos en los casamientos. ¿Por qué este estado de cosas?

«Sólo hay una respuesta», dice M. Stephane Lauzanne. «Es porque las mujeres de Francia quieren que así sea. Y continuará imperando esa situación en tanto que las mujeres de Francia lo deseen. Cinco veces en el transcurso de mi carrera periodística, tuve oportunidad de interrogar a mujeres que, por su posición en la vida, lo mismo que por su personalidad y su genio, eran las verdaderas representantes de la mujer de Francia. Cinco veces recibí la misma respuesta cuando abordé la cuestión del «sufragio femenino»; no hallé más que desdén, menosprecio o repugnancia por los votos y las elecciones».

La primera vez, M. Lauzanne interrogó a la Emperatriz Eugenia:

--¿Conceptúa V. M. que es deber de todas las mujeres participar en política?

—¡No!, exclamó aquélla, y su respuesta fué rápida y cortante. La política es cruel. A la mujer no le trae más que lágrimas y dolor.

La segunda vez que formuló su pregunta fué ante Mme. Poincaré, seis meses antes de que expirase el mandato de su esposo como Presidente de la República:

—¿Qué diría usted, madame, si M. Raymond Poincaré fuese reelecto presidente de la república por otros siete años?

—Iniciaría inmediatamente una demanda de divorcio, fué la rápida respuesta. Yo, sencillamente, odio la política.

—Pero, insistió M. Lauzanne, yo creía que los ocupantes de esta mansión eran partidarios del feminismo y del sufragio femenino.

—No, respondió Mme. Poincaré. En esta casa no hay más que un feminista: es el presidente y no yo.

Varios meses más tarde, M. Lauzaune tuvo ocasión de discutir sobre el mismo tema con Mme. Millerand. La esposa del ex-presidente de la República se caracterizó siempre por una especie de genio de organización. Había creado para ese entonces una oficina de asistencia social que prestaba ayuda a las víctimas de enfermedades o de la desocupación, y que procuraba trabajo a los desocupados. Implantó una «oficina general de costura», e inauguró muchas otras útiles instituciones de beneficencia.

—Usted, Mme., se halla a la cabeza de una repartición ministerial. ¿Por qué no podría Ud. ser secretaria de Estado?

Madame Millerand exclamó: «Sentiría verdadera repugnancia por ser secretaria de Estado, porque entonces me vería precisada a mezclarme en política. La política divide... y a mí me gustan sólo aquellas cosas que unen a las gentes entre sí».

Aún quedan por citar dos respuestas, de otras dos mujeres a quienes el mundo entero ha tratado como a soberanas: Sarah Bernhardt, la reina de las tablas, y Mme. Curie, la reina de la ciencia.

Sarah Bernhardt observó: «Nuestro sitio está en cualquier parte, menos en las asambleas políticas. Estamos hechas para reinar sobre el mundo entero... pero no para gobernar en nuestros propios países».

En cuanto a Mme. Curie, ésta se negó persistentemente a expresar en público ninguna opinión sobre el particular. Pero en fecha muy reciente, dió una respuesta categórica en el asunto, si bien en forma casi silenciosa. Fué hace pocos meses, en el Ministerio de Instrucción Pública, en París. El Ministerio había hecho reunir el concurso más brillante de gente de ciencia que jamás se haya congregado bajo el mismo techo en París, con objeto de resolver el empleo que debía darse a los 13 millones de francos que se habían reunido por suscripción para los laboratorios de Francia. Dos subsecretarios de Estado dieron su opinión, y un senador y el presidente de la Junta de Educación expresaron las suyas.

De pronto, Mme. Curie pidió la palabra. Se produjo un profundo silencio en la asamblea, que se puso a escucharla con creciente atención. «La voz

de la única mujer que se hallaba presente se dejó oír... clara, serena y modulada», dice M. Lauzanne. Dijo ella exactamente lo que debió decirse. Su opinión así expresada iluminó en tal forma la cuestión, que todos vieron la justicia de sus conclusiones, y se pusieron de su lado para apoyarla. El doctor Paul Appell, rector de la Universidad de París, que se hallaba sentado a mi lado, se inclinó hacia mí y me dijo al oído: «Hé aquí el ejemplo más espléndido del feminismo francés: una mujer no puede votar, pero puede obtener los votos de todos».

(De *Revista de Revistas*)

Señales de los tiempos

La posición que se ocupa ¿debe o no imprimir carácter? Cuando el Sr. Presidente de la República escribe histriónicamente ¿qué espera? ¿que se le conteste en el mismo tono, faltándole al respeto, o bien, que no se le conteste? ¿El irrespeto o el desprecio?

Decimos esto a propósito de la siguiente digna declaración de don Alberto Echandi:

«Considerándolo un deber ciudadano, me he ocupado del trascendental asunto de la deuda francesa, de acuerdo con mi leal saber y entender. De la forma como lo he tratado, mi conciencia está tranquila, y el mismo Ministro de Hacienda, señor Soley, galantemente reconoce la moderación y cultura con que he presentado mis argumentos. Por eso tengo derecho a que a mi también se me respete. Yo no puedo irrespetar al Presidente de la República y, por lo tanto, manifiesto que nada diré, en adelante, acerca de las publicaciones que vengan de la Casa Presidencial».

De la
“Revista de Costa Rica”

La *Revista de Costa Rica*, cuya seriedad todos reconocemos, acaba de dedicar a su extinto colaborador don Carlos Gagini, un editorial del cual tomamos los dos bellos párrafos siguientes:

«Su reputación no la consagró el sufragio en la orgía de una elección populachera, sino el fallo ecuánime, sereno y silencioso de los hombres de pensamiento. No fué un producto de las masas que tratara de imponerse como representante de esa tiranía moderna que se llama la fuerza del número, sino el fruto de selección de un medio de cultura que tuvo en él a un gallardo exponente de la potencialidad de nuestra raza. No fué un mendigo de plaza pública que pasara por el mundo con la mano tendida, como las grisetas de Montmartre, en demanda de una consagración impuesta por la fuerza y por ende inmerecida, sino el pujante y glorioso artífice de su propio nombre, el auténtico patriota que en su gabinete de trabajo dibujó con el pincel de su pluma de oro el hermosísimo cuadro de su inmensa labor en favor de Costa Rica.

Quizá por eso la única entidad que no se conmovió ante la noticia de su muerte, fué la entidad Estado; quizá por eso no se declaró oficialmente el duelo nacional ni se vió flamear durante tres días a media asta la bandera; quizá por eso su cadáver no fué reclamado en nombre de la Nación, aunque la Nación le era deudora de servicios eminentes; quizá por eso no se oyó en el parlamento una sola voz que recordase al maestro caído, ni hubo un homenaje a su memoria ni una palabra de pesar a su familia atribulada.

De Imogen B. Wakley

(escritora de Ohio)

Eramos una democracia representativa y nos estamos convirtiendo en una democracia pura. Los padres de la patria conocían y temían las consecuencias de los súbitos impulsos populares, e interpusieron las legislaturas entre el pueblo y el senado, y el colegio electoral entre cualquier delirio momentáneo y la presidencia de la república. Hemos derribado la barrera de las legislaturas, a los senadores se les elige por sufragio popular, y ¿quién se atreve a decir que los temores de los padres de la patria no se han visto justificados?

Puede asegurarse que la mitad de nuestros votantes jamás han oído hablar del colegio electoral. Las funciones de éste han venido a ser inútiles ante las convenciones, las cuales no tardarán en desaparecer ante unas elecciones primarias presidenciales. Se ha puesto en tela de juicio la autoridad de la corte suprema y, con el tiempo,

una enmienda constitucional puede permitir que el congreso revoque las decisiones dictadas por ella.

Las aspiraciones de los hombres de 1776 se satisficieron con garantizar la vida, la libertad y la persecución de la felicidad. Cuando se adoptó la Constitución el sufragio estaba limitado. Al parecer no había idea entonces de que fuera derecho inalienable de todo ciudadano ignorante depositar un voto que no puede leer ni comprender, ni que ese derecho debería concederse a los ciudadanos naturalizados, ligados por un doble deber de patriotismo. No es seguramente a los descendientes de los próceres que fundaron la nación y que heredaron de éstos el amor por el gobierno constitucional, como heredaron su lengua y su literatura, a quienes podemos considerar como responsables de estos cambios radicales. Mientras la corriente popular nos arrastra raudamente hacia la democracia pura, y de allí hacia puertos ignotos, nuestros timoneles son ciudadanos o descendientes inmediatos de ciudadanos de naciones donde el gobierno ha significado despotismo o revolución.

El despotismo lo dejan detrás de ellos estos ciudadanos cuando atraviesan el océano, y, por consiguiente, piensan que han venido al seno de la revolución. Si los Estados Unidos—dicen—tienen una forma definida de gobierno, hay que cambiarla o que destruirla.

Un fruto inevitable de esta situación es el Ku Klux Klan. El «klan» es el nativo de los Estados Unidos, lleno de prejuicios y poseído de la conciencia de raza, que se opone al extranjero, igualmente imbuido en los prejuicios y en la conciencia de su raza. Sin embargo, por mucho que deploremos los métodos que usa el «klan» y por mucho que condenemos su intolerancia, es un síntoma y no una enfermedad. Para que desaparezca el síntoma es menester que curemos la enfermedad. La restricción radical de la inmigración es la primera parte de la receta; pero para que el organismo político recupere la salud requiérese, además, el remedio heroico de una restricción muy estricta de la naturalización. No debe permitirse que se convierta en ciudadano con el derecho de votar ningún inmigrante que

proceda de una nación con la cual no tengamos tratado sobre naturalización; y a todo inmigrante, proceda de donde procediere, debe pedírsele que demuestre que ha sido un ciudadano útil en su patria, antes de otorgarle la merced de la ciudadanía.

Ningún otro país obliga a los residentes extranjeros a que se conviertan en ciudadanos. Miles de personas oriundas de los Estados Unidos pasan su vida en Inglaterra, Francia, Italia, China y el Japón, sin que se haga tentativa alguna para inducirlos a que renuncien a su ciudadanía de los Estados Unidos.

Pero aun en medio de la confusión producida por nuestras leyes y nuestro sistema de naturalización, existe un medio legal de contrarrestar la influencia de los grupos extranjeros. La Constitución, en sus enmiendas, declara que el derecho de votar no estará limitado por razones de raza, color, previa condición de servidumbre, ni sexo; pero no dispone que no pueda estar limitado por la ignorancia. Varios Estados ponen como requisito que los votantes sepan leer y escribir al-

guna lengua; pero le tocó al Estado de Nueva York sancionar una enmienda constitucional que niega el derecho de voto a todo ciudadano nativo o naturalizado que no sepa leer y escribir inglés de una manera inteligible. La corte suprema del Estado ha declarado legal esta enmienda y ha autorizado a la junta de educación del Estado para que defina el significado de la frase «leer y escribir inglés de una manera inteligible.» La junta decidió que para leer y escribir inglés de una manera inteligible, el votante debe poseer los conocimientos del idioma que corresponden al sexto grado de las escuelas públicas del Estado.

Quizás sea cierto que un hombre que no sabe leer ni escribir puede ser mejor ciudadano que otro que hable y conozca el idioma inglés en toda su pureza; pero un hombre apimado por las más patrióticas intenciones, que no sepa leer ni marcar su propio voto y que tenga que buscar quien se lo lea y se lo marque, nunca sabe en realidad por quien vota ni qué es lo que ha votado. Se ve obligado a confiar en la probidad del vigilante de

las urnas electorales que le presta su ayuda. Al imponer un requisito de educación al derecho de voto y hacer obligatorio ese requisito en la jurisdicción de la ciudad de Nueva York, donde ha sido posible naturalizar extranjeros con una celeridad de quince por minuto y donde todos los ciudadanos, ya sean nativos o de cuna extranjera, por ignorantes que sean, han conseguido imprimir su sello en el gobierno, el Estado de Nueva York ha señalado el camino que conduce a una patria más segura y más sana.

(De *Inter-América*)

Sermón laico

En la última de sus importantísimas publicaciones acerca del pago de la deuda francesa, parece don Alberto Echandi un tanto enojado con las personas entendidas que guardan silencio. Como estadista pudiera tener razón mi estimado amigo: los estadistas han de hablar todos: el asunto es

de su incumbencia. Pero ¿cuántos son los que han callado? ¿No es palpable que pocas veces como ésta habrá sido lujosa y diestramente impugnado por la opinión pública un arreglo apadrinado por el Poder Ejecutivo?

Apadrinado he dicho y debo agregar: *festinado*.

La voz que no ha sonado de ningún lado en el debate, es la voz del derecho. Aunque clara e inteligible, como siempre, *no le convenía al país oírlo*. Su imperativo categórico, *no nos convenía acatarlo*. El problema era burlar de algún modo el principio simplísimo de que cada uno debe devolver precisamente aquello que le ha sido prestado.

Cuando haya alguna nación en la cual los estadistas estén de acuerdo con los jurisconsultos, podrá decirse que se ha inaugurado el reino de la justicia entre los hombres. Estamos muy lejos de ese día. Por mala fe —consecuencia siempre de la ignorancia— o por ignorancia inmediata, es atropellado a cada momento el derecho, en las naciones grandes y en las chicas. Cuando este atropello

se hace conscientemente, invocan los estadistas las que ellos llaman razones de circunstancias. ¡Como si la Razón pudiera ser alguna vez circunstancial!

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Para los que han llegado a los "sesenta"

A. Laphon Smith, distinguido médico londinense, ha publicado recientemente un interesante libro, titulado: «Cómo ser útil y dichoso de los sesenta a los noventa». Condensamos aquí algunas de sus prescripciones:

1. Reduzca el total de alimentos. Tres comidas son mejores que cuatro; pero dos son mejores que tres.

2. Aumente el agua que toma. Ninguna ciudad ni ningún ciudadano pueden regular su drenaje sin agua suficiente.

3. Dos ejercicios al día son mejores que uno cada dos días. Los bacilos del

colon en el intestino grueso, son la causa de la vejez.

4. Si quiere usted conservarse joven, busque la compañía de los jóvenes.

5. Procúrese ocupaciones. Trabaje reciamente seis días y descanse de verdad el sétimo.

6. Cuando ve un cómodo sillón en una mañana de sol, húyale y cámbielo por un paseo. El corazón funciona más vigorosamente con el ejercicio, y se entrega con la pereza.

7. No cambie usted sus hábitos de vida a los sesenta años. Si ha sido fumador, procure fumar con moderación, y si ha sido bebedor, beba con moderación.

8. No se exceda en nada.

9. Cuando pase usted de los sesenta no intente calentar su cama fría con su propio calor. Es más rápido y fácil poner un calentador.

10. Al llegar a los sesenta, si antes ha sido descuidado usted en su persona, comience a vestirse bien. Así parecerá mejor. Unos cuantos baños tibios cada semana, tornarán joven su piel.

culación pobre. Su corazón débil, fortalézcalo.

(De *Nueva Revista*)

Apuntes serranos

Tatita

Le llaman tatita. Es el más viejo del pueblo. ¿Cuántos años? Ni él mismo lo sabe. Cuando le preguntan su edad, tiene un gesto vago e indefinido, casi de despreocupación.

—¡Ya ni mi acuerdo, pó!

Y sonríe con una sonrisa que descubre el agujero negro de su boca sin dientes.

Camina apoyado en un bastón; los chiquillos lo siguen.

—¡Tatita! ¡Tatita! ¿No tenés caramelos?

Los niños lo miran ansiosamente, rodeándole. Y él se yergue emocionado, como un abuelo.

Introduce la mano temblorosa en un

bolsillo del saco. Hay una algazara. Y el viejo distribuye los caramelos, con tanto amor, como si los que lo rodean fueran sus nietos.

—¡Qué güeno sos, tatita, qué güeno!

—Qué vi a ser güeno, pó! Y los cristales empañados de sus ojos se aclaran con una lágrima.

—¡Tatita!, le dije el otro día, viéndole en medio de su corro de niños descalzos, usted quiere mucho a las criaturas, ¿no?

—Así es. Los quiero porque ojos son... ¡como son!

Sonreí aparentando no comprender.

—¿Y cómo son, tatita?

Se quedó pensativo y después dijo:

—¡Como il agua e los río e la sierra, pó, que deja ver la'rena el fondo, pó!

Porteño y serrano

Discuten los dos niños con una seriedad de hombres de Estado, que decidieran de los destinos de un país.

Uno de ellos es porteño. Viste de blanco, es pálido y tiene un aire de precoz seriedad.

El otro muy moreno, alegre y vivaracho.

—Yo te digo que no hay como Buenos Aires,—dice el porteñito—tendrías que verla de noche, con sus miles de luces encendidas. Entonces brilla como un diamante.

—Pero y ¿de diya? —arguye el serranito— ¿Hay tanto sol como aquí?

—Y más también.

—Y ¿tanto fresco como en la sierra?

—Y claro ¿qué te creés?

El serranito prorrumpe en una risita burlona, que descubre sus dientes blanquísimos.

—¡Veya! y ¿a qué te venís acá si en Buenos Aires tenés tanto sol y fresco?

Un relámpago brilla en los ojos del patriota bonaerense.

—¡Porque me da la gana! ¿sabés? Porque los porteños tenemos plata para tirarla donde queremos!

Intervengo antes de que la discusión termine en una «guerra civil» librada

a cachetes. Y con toda dulzura les hago comprender que el porteño y el serrano deben estar igualmente orgullosos de Buenos Aires y de Córdoba, puesto que las dos provincias forman parte de nuestra bella y grande Argentina, que no tiene más símbolo que aquel amadísimo que en este preciso momento una nubecita forma con el cielo de añil que luce sobre el Uritorco.

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ

Capilla del Monte, verano de 1925.

(De *Nueva Revista*, Buenos Aires)

¿Seguirá sosteniendo Sanín Cano
que la conquista no engendra derechos
en América?

En todo caso, no creo que el laudo sobre Tacna y Arica dé fin a las dificultades del Pacífico. Resulte lo que resultare del curioso plebiscito que va a verificarse en provincias gobernadas por Chile, podrán éste y el Perú quedar

más o menos mal arreglados, pero no Bolivia. Bolivia no es simplemente una nación despojada: es una nación en trance de asfixia: o perece —y ello no será sin alguna sacudida— o logra abrirse una salida al mar.

El hecho de haber escogido Chile por abogado al siniestro Lansing, Secretario de Wilson, es motivo suficiente para que los sudamericanos desconfiemos mucho de la bondad de su causa.

E. J. R.

Son hormigas,
cuestan como elefantes
y todavía se creen baratos

Ya se sabe cuál es el nervio de la democracia, cuán caros son sus servicios y quiénes son los que soportan la principal carga.

Hacia lo que deseo llamar ahora la atención del lector, es hacia el estudiando razonamiento del Gobierno para

motivar un aumento de impuestos. Todo se reduce a basarse en la comparación de lo que dan respectivamente un ciudadano costarricense y uno de los Estados Unidos, por ejemplo; y ello, para colmo de originalidad, sin unificar los términos de comparación, como si un dólar fuera la misma cosa en los ricos Estados Unidos y en la pobre Costa Rica. Nuestros gobernantes emplean generalmente una contabilidad especial y especiosa. Para la comparación de que hablo, no siguen los procedimientos usados siempre en la apreciación relativa de cuentas o valores: no examinan el haber y el debe de cada ciudadano relativamente al Estado; o sea, lo que cada quien paga y lo que recibe en cambio. Se limitan a comparar engañosamente lo que dan el ciudadano americano y el costarricense; pero se guardan mucho de comparar lo que dichos ciudadanos reciben —en cultura, en garantías personales, en comodidades de vida y en prestigio exterior. Procediendo así, llegan con regocijo a la despampanante conclusión de que la carga del costarricense es muchísimo menor que la del americano.

Y lo sostienen en público y llueven aplausos.

Hay en Groenlandia poblaciones en el último grado de abaudono y miseria imaginable. Pero como no pagan un céntimo de impuestos, bien pueden ufanarse —según nuestro señor Presidente— de estar políticamente muy por encima de New York, Boston y Chicago.

E. J. R.

Los gobiernos han inventado una moral nueva, la moral de los intereses; la de los deberes se queda para los tontos.

CHATEAUBRIAND

*

Salus populi suprema lex esto (la salvación del pueblo, suprema ley sea), es la frase petulante con que se encubre siempre la moral de los intereses.

*

La experiencia, dice Franklin, tiene una escuela que cuesta muy caro; pero es la única en que pueden instruirse los insensatos.